

En tu sensible corazón grabaste.
Ora, amigo, entre cándidos pastores
La ejercerás benigno. El alto cielo
A tu cuidado la inocencia fia.
Depósito sagrado, que inviolable
Puro le volverás; leyes, costumbres,
Igual vigor tendrán do tú rigieres.
No á la asechanza del malvado expuesta
La tímida doncella, el padre anciano
Verá segar en flor sus esperanzas
Una vil seducción, y dolorido
Descenderá al sepulcro silencioso.
El amor conyugal al casto lecho,
De numerosa prole coronado,
Presidirá con inmortal antorcha,
Y entre festivos nietos su edad larga
Gozará en paz el venerable abuelo.
¡Dulces escenas! ¡ah! tú las realiza,
Y sé feliz, haciendo venturosos.
¡Quién me diera, Jovino, que á tu lado,
Haciendo mía tan dichosa suerte,
En tus delicias mi penar trocará!
En tanto desde el Bétis te saluda
El desdichado Anfriso, que fallece
De pesares eternos devorado.
Solo tú, dulce amigo, de mis penas
Conoces la amargura, y en tí solo
Un malherido corazón descansa.
Mas tú vive dichoso, y tus virtudes
La dulce bendición del cielo atraigan.
En no turbada paz tus años vuelen,
Cual entre blandas flores se desliza
Oculto el arroyuelo; vive, amigo,
Al bien, á la virtud; la amistad santa
Reine por siempre en tu sensible pecho.
Mas ¡oh! ¡nunca el amor, dulce Jovino,
Con sus arpones ásperos lo hiera!

XXII.

Á FILENO.

Debe gozarse del placer (1).
(1829.)

Ya, mi Fileno, desde el rubio toro
Vierte el sol joven sus calientes rayos,
Y las prisiones que forjó el invierno
Rompe de nieve.
Sobre guijuelas resbalando corre,
Gloria del valle, ondisonante el río;
Y el nuevo césped de su humilde orilla
Muerde suave.
Rie natura. Con sus flores rie
Alegre el prado y el verjel lozano.
Ya la enramada su naciente sombra
Da á los amores.
¡Cómo en las rosas jugueton se mece,
Hijo de Mayo, el cefirillo loco!
¡Cómo repite enamorada el ave
Vuelos y trinos!
Todo es contento; todo al pecho humano
Brinda delicias. El raudal sonoro,
Fragante el aire y el calor estivo,
Vida del mundo,
Un Dios anuncian, que benigno, amante,
Dando á los hombres el capaz sentido,
Para su dicha cuanto el sol colora
Próvido cria.
Una sonrisa de su augusta frente
Vertió en sus obras la inmortal belleza;
Y otra, fecunda del placer, los gozos
Alma produjo;
Cuando en la aurora del primero día,
Que brilló pura sobre el caos antiguo,
Su gloria excelsa alborozado el ángel
Dijo á los orbes.

(1) Véase en las poesías de don Félix José Reinoso (Fileno) la contestación que dió á la presente oda, que fué en su tiempo muy celebrada. (Nota del Colector.)

¡Ah! ¡por qué el hombre, del orgullo esclavo,
Sigue una sombra de virtud fingida,
Rebelde al cielo, y sus hermosos dones
Fiero rehusa?

Gozar no es crimen; que á gozar convida
Quien dió tan fácil el placer divino,
Y del deseo el aguijón sabroso
Puso en las almas.

La docta frente te ciñó Minerva
De eterna oliva, y de su lauro Clío;
¡Guirnalda estéril! del amor la anude
Mirto fecundo;

Que un solo instante de delicias vale,
Cuando halagüeña te acaricie Venus,
Más que los broncos de tu nombre helado
Guarde la fama.

Y si los cantos que en sublime lira
Al aura diste del Vandalio río;
Si Eden perdido, si el saber que doma
Bárbaros odios;

Serán eternos en la edad futura,
Y á par de Herrera y Pufendorf te ensalzan
La musa ibera y la imparcial justicia,
Libre de olvido;

¡Por qué la vida que tendrán tus obras,
Tú mismo pierdes? ¡Disfrutarla esperas
Cuando, en la tumba, inútil gloria halague
Yerta ceniza?

Goza, Fileno; si el error austero
Templó en su nieve tus fogosos años,
Las raras canas que en tus sienas brillan,
Cubre de rosas.

Harto ya hiciste por los hombres; vive
Algun momento para tí. Dispensa
También Apolo al perezoso Octubre
Plácida llama.

SONETOS.

I.

MOISES.

Expuesto fué del Nilo en la corriente
El que á Israel intrépido acaudilla,
Borrando de la faz la vil mancha
De esclavitud á su oprimida gente;
Y al rey, que en la niña tierna, inocente,
Ensangrentó la bárbara cuchilla,
Con vigor celestial hiere y humilla,
Y sepulta en el piélago inclemente.
Así necios los míseros tiranos,
O mandan que no nazca el pensamiento,
O que, si nace audaz, al nacer muera.
Más oculto se expone á los humanos,
Y crece, y llega el vengador momento,
Y al déspota sumerge la onda fiera.

II.

ORÉSTES.

Dirige, Atrida, un númen enemigo
Tu puñal, entre víctimas errante;
Y sangre brota abierto y palpitante
El seno, que aunque aleve, fué tu abrigo.
De venganzas argivas ya testigo,
Huye el sol; arde en ira el gran tonante,
Y no despidió el rayo devorante
Por darte igual al crimen el castigo.
Vive, y vive á las furias entregado;
Que de tu madre el adulterio feo
Y el hierro infando á tu maldad no alcanza;
Y entre cuantos delitos han manchado
La casa infame del horrendo Atré,
El delito mayor es tu venganza.

III.

ARÍSTIDES.

Arrojas de tu gremio, pueblo insano,
Porque el nombre de *justo* no te agrada,
De la virtud la imagen consagrada,
Gloria y modelo del linaje humano.

Pronto será, que la homicida mano
Brille, de ilustre sangre mancillada;
Y la teja, ya honrosa y deseada,
Por la cicuta tocará inhumano.

Goza Esparta sus héroes; Roma altiva,
Los triunfos y laureles prometiendo,
Su feroz prole incitará á adquirirlos;
Y Aténas sólo á la virtud esquivando,
Los varones ilustres persiguiendo,
Sabe, más que otro pueblo, producirlos.

IV.

DEMÓSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¡por qué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?
Trasíbulo, lanzando al espartano,
No el vicio y la maldad lanzó de Aténas.

De tu sublime voz la patria llenas;
Brillan asta y arnes contra el tirano;
Mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
Las armas pesan más que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias, ¡quieres
Que el hierro, de los persas tan temido,
Contra el astuto macedon esgrima?
Y aunque al tirano venzas, nada esperes;
Que á un pueblo turbulento y corrompido,
¡Cuándo falta un Filipo que lo oprima?

V.

FOCION.

¡Perdiste, pueblo ingrato, la memoria?
¡Ay! ese anciano, que á la muerte envías,
Por sus hazañas numeró sus días,
Y te dió en cada hazaña una victoria.
Con él morirá Aténas; y tu gloria,
Que sólo en sus virtudes sostenías,
Se enterrará con sus cenizas frias,
Y en su suplicio acabará tu historia.
Cuando hubo en tí valor, no lisonjero
Demandaste cual inclitas mercedes
Tu misma sangre á un bárbaro tirano;
Y esclavo ya del macedonio fiero,
Libre y grande te juzgas porque aún puedes
Dar muerte al más ilustre ciudadano.

VI.

VIRGINIA.

Vuela, Virginia, por la vez postrera
De un padre al seno, víctima adorada;
La libertad de Roma esclavizada
Y el honor y la muerte allí te espera.

El puñal de Lucrecia otra vez hiera,
Corra otra vez la sangre inmaculada,
Y á los tartáreos dioses consagrada,
Deje, tirano, tu cabeza fiera.

La ven, y vuelven del fatal desmayo
Los tímidos esclavos, ya varones;
Que al contempler cuál mano la vertía,
La oprimida virtud súbito rayo
Rompe de los airados corazones,
Y devora la infame tiranía.

VII.

MARCO BRUTO.

¡Pensaste, oh Bruto, que á nacer volviera
La libertad do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Teñida en sangre de la Italia entera?

¡De qué al mundo sirvió tu virtud fiera!
A un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir; mas no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.

Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano ímpia,
Tienen ya esa corona, que aborreces.
¡Oh virtud necia! ¡Oh brazo temerario!

Si era forzosa ya la tiranía,
¡Por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

VIII.

ROMA BAJO LOS CÉSARES.

Pan y circenses pide el pueblo fiero,
Que sometiendo á su constancia el hado,
Al pié del Capitolio vió postrado
Al peno, al galo, al griego y al ibero.

Pan y circenses pide; y el que entero
No temió á Anibal junto á Roma armado,
Aprende, de sus triunfos ya olvidado,
A obedecer á un déspota altanero.

Mas de aquella pobreza, que dió leyes,
De aquel valor, fatal á los humanos,
Que hizo temblar los pueblos y los reyes,
Conserva, aún degradado, las señales;
Y así tan sólo pide á sus tiranos
Breve alimento y juegos funerales.

IX.

TITO.

Aquí yace el gran Tito, que elegido
Para colmar la tierra de alegría,
Del trono desterró la tiranía,
Y venerado fué sin ser temido;
Y aunque el cetro, á sus manos concedido,
Hasta el linde del orbe se extendía,
Igualó el cetro la virtud, y el día
Que no hizo un bien, lloró como perdido.
El hierro destructor la Parca esgrime,
Y sus floridos años inclemente
Lanzó al abismo del sepulcro helado.
Mas el amor universal lo exime;
Que jamás morirá quien justamente
Delicia de los hombres fué llamado.

X.

MARCO AURELIO.

A tí, sublime Aurelio, que el romano
Venera entre sus dioses por primero,
He de cantar; á tí, del orbe entero
Padre, moderador y ciudadano.
Tú á Roma, herencia siempre de un tirano,
Registe, á todos blando, á tí severo;
El cetro de Neron sañudo y fiero
Fué adorable y benéfico en tu mano.
Y acusando las bárbaras crueldades
Que el poderío y la ambición maquinan,
Tu nombre irá diciendo á las edades
Que sólo imperio justo y justas leyes
Hay donde los filósofos dominan
O donde son filósofos los reyes.

XI.

EL TRONO.

De la régia amistad por fruto adquiere
Arato una ponzoña devorante;
A Luna incauto el odio, ya triunfante,
Con la segur de la justicia hiere;

Y la hermosa israelita, que prefiere
Un rey al cetro y al laurel brillante,
Casi en los brazos de su augusto amante
De mil puñales traspasada muere.

Conoce Arato á su asesino, y gime;
Raquel su tierno Alonso en vano nombra;
A Luna cubre ignoble sepultura.

Ya el trono ¿á quién deslumbra? ¿á quién oprime,
Sabiendo que es mortífera su sombra
Al valor, la amistad y la hermosura?

XII.

A FERNANDO III DE CASTILLA.

Fernando, honor del trono, tú el primero
Su invicta fuerza á nuestra España diste;
A la discordia audaz freno impusiste
Y debelaste al mahometano fiero.

Padre del venturoso pueblo ibero,
Aun más que de tus hijos, tú reuniste
Virtudes de hombre y rey, y á un tiempo fuiste
Sabio, legislador, justo y guerrero.

Dejaste al Bétis tus cenizas caras;
Al Bétis, cuyos altos torreones
Purgó tu acero del comun tirano.

Y si tan pronto al cielo no voláras,
Hubieras tremolado tus pendones
En las playas del bárbaro africano.

XIII.

SULLY.

Noble Sully, tú osaste ser humano
Junto al altivo trono, y sus favores
Dispensaste, á pesar de aduladores,
Fácil al pobre y duro al cortesano.

Fuiste amigo, no esclavo ni tirano,
De un rey; y á los fanáticos furoros,
De pérfida ambición encubridores,
La máscara arrancó tu sábia mano.

Tú á la Europa, ignorante todavía,
Enseñaste el primero quién conserva
Mejor que el hierro el solio de los reyes;

Y siendo el pro comun tu eterna guía,
Las dádivas de Plutó y de Minerva
Enlazaste en el cetro de las leyes.

XIV.

Á ENRIQUE IV DE FRANCIA.

Mueres, Enrique, y en la tumba encierra
Fanático furor los bellos días
Que á tu patria, á la Europa, prometías,
Plegado ya el pendon de infanda guerra.

Si tu clemencia y tu valor lo aterra,
Sus iras se embravecen más implias;
Y en vano mil virtudes oponías
Al monstruo vil, que dominó la tierra.

Pasó la horrible noche de su gloria,
Y en el oscuro abismo encadenado,
Ni aguza su puñal, ni sangre vierte.

Mas aún espanta al mundo su memoria;
Y de tan fieros crímenes culpado,
El más fiero de todos fué tu muerte.

XV.

GONZALO DE CÓRDOBA.

Tú, Gonzalo inmortal, fuiste el primero,
Que dictó leyes al furor de Marte;
Por tí siempre invencible su estandarte
En ambos orbes tremoló el ibero.

El altivo frances y el turco fiero
Probaron, ya tu espada, ya tu arte,
Que de la tierra á la abrasada parte
Antes lanzára al árabe guerrero.

Sin dejar de ser fiel, fuiste envidiado
De tu rey, y en su tumba, que cercana
Fijó á la tuya misterioso el hado,

Gime al ver que tu gloria y la española
Coronan tu ceniza; y sombra vana
Aun se indigna del Liri y Ceriñola (1).

XVI.

A LA MUERTE DE DON RAMON DE LA PALIZA,
MI AMIGO.

Vive el inicuo, y logra sosegado,
De crímenes sembrada, su carrera,
Y burla en larga vida y placentera
La tarda indignación del cielo airado.

Y el justo, cuyo aliento prolongado
Dulce consuelo de los hombres fuera,
Baja al sepulcro en su sazón primera,
De la envidiosa Parca arrebatado.

¡Ay! cuando más de tí se prometía,
En tu temprana edad te pierde el suelo,
Y la fe y la bondad mueren contigo.

Y robó el hado en tan acerbo día
A las virtudes su mejor modelo,
Y al triste humano su mayor amigo.

XVII.

A EUTIMIO.

Suele al mirar la nave zozobrando
Alegrase el que habita en la ribera,
No del mal que á los náufragos espera,
Sino de la quietud que está el gozando.

A mí, del crudo piélago escapando,
En que probé de amor la saña fiera,
La razón bienhechora, aunque severa,
Me da en su seno acogimiento blando.

Mas defendido con su amparo cierto
Y asegurado en su eminente abrigo,
Tiemblo, Eutimio, á la mar embravecida;

Pues al tender la vista desde el puerto,
Eres tú el que naufragas, dulce amigo,
Mitad, la que más amo, de mi vida.

XVIII.

A ALCINO.

El que escapó del piélago violento,
Habiendo ya bebido la onda fiera,
Fastidiado vegeta en la ribera,
Y volver quiere al mar y al crudo viento.

Mi corazón tornó, de amor exento
Y escarmentado, á su quietud primera;
Mas ¡ay! ya nada teme, nada espera,
Y es sinsabor y es tedio cada aliento.

Detesto la razón; su luz me ofende;
Amo el placer falaz, que fué mi daño,
Y echo ménos, oh amor, tus dulces dones.

Que no, mi Alcino, sin dolor se aprende
Tras tantos siglos de sabroso engaño
El arte de vivir sin ilusiones.

(1) Junto al Liris (el Garellano) y en Ceriñola alcanzó el Gran Capitán sus mayores triunfos.

XIX.

Á DELIA.

Si vi tus ojos, Delia, y no abrasaron
Mi corazón en amorosa llama;
Si vi tus labios, que el Abril inflama
De ardiente rosa, y no me enajenaron;

Si vi el seno gentil, do se anidaron
Las gracias; do el carmin, que Venus ama,
Sobre luciente nieve se derrama,
E inocentes mis ojos lo miraron;

No es culpa, no, de tu beldad divina;
Culpa es del infortunio, que ha robado
La ilusión deliciosa al pecho mio.

Mas si en el tuyo la bondad domina,
Más querrás la amistad de un desgraciado
Que de un dichoso el tierno desvario.

XX.

LA SOCIEDAD.

Do el bárbaro habitó choza mezquina,
De sangre y latrocinios siempre ansioso,
Seguro por la ley, quieto y dichoso
El hombre en las ciudades se avecina.

Y do se alzaba bajo triste encina
El crudo altar del druida espantoso,
Verjeles pinta el Mayo delicioso
Y recama de mieses la colina.

Estos son, sociedad, tus gratos dones;
Tú al placer, tú á la paz, tú al amor santo
Convidas los humanos corazones.

Que la perfidia vil, el odio esquivo,
Y de la envidia el rencoroso llanto,
Reliquias son del bosque primitivo.

XXI.

LA ENVIDIA.

Dulce es á la codicia cuando alcanza
Doblar el oro inútil, que ha escondido;
Dulce al amor, feliz ó desvalido,
Meditar ya el placer, ya la esperanza.

Dulce es también á la feroz venganza,
Que no obedece al tiempo ni al olvido,
Los sedientos rencores que ha sufrido,
Apagar entre el fuego y la matanza.

A un bien aspira todo vicio humano;
Teñida en sangre, la ambición impía
Sueña en el mando y el laurel glorioso.

Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
Ni conoces ni esperas la alegría;
Que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

XXII.

LA ESPERANZA.

Dulce esperanza, del prestigio amado
Pródiga siempre, que el mortal adora,
Vén, disipa piadosa y bienhechora
Las penas de mi pecho acongojado.

Vuelve á mi mano el plectro ya olvidado,
Y al seno la amistad consoladora;
Y tu voz, oh divina encantadora,
Mitigue ó venza la crueldad del hado.

Mas ¡ay! no me presentes lisonjera
Aquellas flores que cogiste en Guido,
Cuyo jugo es mortal, aunque es sabroso.

Pasó el delirio de la edad primera,
Y ya temo el placer, y cauto pido,
No la felicidad, sino el reposo.

XXIII.

LA RAZON INÚTIL.

Es tarde ya para que amor me prenda
En su lazo halagüeño y fementido;
Que aunque tal vez de la razón me olvido,
El hielo de la edad; ¿quién hay que encienda?

Es tiempo ¡ay triste! que á su voz atienda
Mi juvenil esfuerzo ya perdido,
Después de haberla insano desoido,
Cuando ser pudo de mi esfuerzo rienda.

Así va; los humanos corazones
Sufren en la verdad y en el engaño;
Y sin gozar de sí ni un solo día,

Venden la juventud á las pasiones,
La edad madura al triste desengaño,
Y la vejez á la razón tardía.

XXIV.

Á ELISA.

En vano, Elisa, describir intento
El dulce afecto que tu nombre inspira;
Y aunque Apolo me dé su acorde lira,
Lo que pienso diré, no lo que siento.

Puede pintarse el invisible viento,
La veloz llama que ante el trueno gira,
Del cielo el esplendor, del mar la ira;
Mas no alcanza al amor pincel ni acento.

De la amistad la plácida sonrisa,
Y el puro fuego, que en las almas prende,
Ni al labio ni á la cítara confío.

Más podrás conocerlo, bella Elisa,
Si ese tu hermoso corazón entiende
La muda voz que le dirige el mio.

XXV.

DEL AMOR.

Alcino, quien los ásperos rigores
De una ingrata beldad vencer procura,
Ni encantos á la tésala espesura,
Ni á la remota Cólcos pida flores.

Amar es el hechizo que en amores
La victoria y las dichas asegura,
Y somete el pudor y la hermosura,
Y corona al amante de favores.

Mas si el vil seductor quiere que sea
Una impura pasión amor hermoso,
No se admire de verle desdefiada;

Que no es amante el que gozar desea,
Sino el que sacrifica generoso
Su bien y su placer al de su amada.

XXVI.

LA AUSENCIA.

Nace la aurora, y el hermoso día
Brilla de rojas nubes coronado;
En mi pecho, de penas abrumado,
La sonrosada luz es noche umbría.

De las aves la plácida armonía
Es para mí graznido malhadado,
Y estruendo ronco y són desconcertado
El blando ruido de la fuente fría.

Brotan rosas el soto y la ribera;
Para mí solo, triste y dolorido,
Espinas guarda el Mayo floreciente.

Que ésta es, oh niño dios, tu ley primera;
No hay mal para el amor correspondido,
No hay bien que no sea mal para el ausente.

XXVII.

LA DUDA.

¿Si será de amistad, Filis hermosa,
La grata llama que en el pecho siento,
Que como propio tu dolor lamento,
Y soy feliz cuando eres venturosa?
— ¿O será amor? Tu imagen deliciosa
Grabada está en el alma, y el momento
Que obligado la deja el pensamiento,
Me es ingrato el pensar, la vida odiosa.
Amor es. Este ardor de verte, este
Inefable placer cuando te veo,
¿Quién sino el dulce amor puede inspirarlo?
Mas ¡ay! es como tú puro y celeste;
É ignorando los fuegos del deseo,
Halaga el corazón sin abrasarlo.

XXVIII.

Á MI AMADA, EN EL DIA DE SU SANTO (1).

Vén, primavera, vén; y antes que dores
La hermosa cuna donde nace el día,
El dulce nombre de la amada mía
Corona con tus rayos y esplendores.
Brote la tierra anticipadas flores;
Sople el aura gentil que el Mayo cria;
Rebose en selva y prado la alegría
Y el ruiseñor festivo cante amores.
Añade nuevo lustre á la hermosura
De mi adorado bien, y nuevo encanto
A aquel mirar, que cuando hiere, halaga.
Y añade nuevo fuego á la ternura
De su pasión, que nunca será tanto
Que al de mi ansioso pecho satisfaga.

XXIX.

LA BELLEZA.

(Traducción del Petrarca.)

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,
El oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
Del rostro, ó en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas con que enfrena
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa,
Más que el primer albor pura y serena?
¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Elegió el dulce canto, que destila
Al pecho ansioso regalada calma?
Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbre
De aquellos ojos, que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de mi alma?

XXX.

LA TIMIDEZ.

(Traducción del Petrarca.)

Cuando el planeta que embellece el día
Vuelve á la casa del rosado toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envía;
No á la faz sólo de la tierra fría
Da en bellas flores nítido decoro;
Mas de la vida el celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbría.
Así mi hermoso sol su luz me ofrece;
Me mira, y va en mi seno derramando
De dulce y blando amor llama halagüeña.
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego malogrando,
Pierdo sin fruto la estación risueña.

(1) 19 de Marzo.

XXXI.

LA QUERRELLA.

(Traducción del Petrarca.)

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
Templa su ardor y el aire se oscurece,
Quejas doy de mi mal, que entonces crece,
A la alba luna, al cielo rutilante.
Mi dolor cuento, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se enfierece;
Al adormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.
De mis cansados ojos huye el sueño;
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis labios halla el día.
En tanto el alba su esplendor risueño
Difunde hasta el cenit; ¡y el sol que adoro
No amanece á templar la pena mía!

XXXII.

LA NOCHE.

(Traducción del Petrarca.)

Ora que callan cielo, tierra y viento,
Y duermen sosegados ave y fiera,
El negro carro lleva por la esfera
La noche, y yace el mar sin movimiento;
Yo sólo peno y ardo, y ni un momento
Desbrava mi dolor, ni tregua espera;
Mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
A un tiempo la delicia y el tormento.
En un raudal cuajado de amargura
Mi ardiente sed alivio y refrigerio;
Una es la mano que me hiere y cura.
Y así en el breve término de un día
Mil veces, crudo amor, renazco y muero,
Y siempre incierta está la vida mía.

XXXIII.

REGALO A UNA NUEVA ESPOSA.

(Traducción del Bondi.)

Esta, que aún lleva la encarnada espina,
Gloria de su verjel, purpúrea rosa,
Y esta blanca azucena y olorosa,
Bañada de la lluvia matutina,
Un pastorcillo á tu beldad divina
Ofrece, pobre dón á nueva esposa;
Y no mal te convienen, Fili hermosa,
Cuando á adornar tu pecho las destina.
Del virgíneo carmin la rosa llena
Retrata tu pudor, y en sus albores,
Tu casta fe la cándida azucena;
Y ese mirto que anuda las dos flores,
Es, felices esposos, la cadena
Con que os enlaza el dios de los amores.

XXXIV.

LA NECEDAD.

(Traducción del italiano.)

El duro remo en la cansada mano,
Y sometido al látigo incolemente,
Implora el galeote tristemente
La libertad, aunque la implora en vano.
Mas si tal vez la alcanza, luego insano
De abandonar los mares se arrepiente;
La dicha de ser libre ya no siente,
Y en precio vil la vende á su tirano.
Así yo delirante, dueño impío,
Con la argolla fatal mi cuello gravo,
Aunque logré por tu traición romperla,
Y aún es mayor que su delirio el mío;
Pues sin merced alguna ser tu esclavo,
Es dar la libertad y no venderla.

XXXV.

EL AMOR PERFECTO.

(Traducción del Zappi.)

Amo á Leucipe: aunque Leucipe ignora
Mi callada pasión, la amo constante;
Mi gloria es adorarla; el pecho amante
Ni premio anhela, ni piedad implora.
Y la amo, aunque gentil y halagadora
A un dulce esposo su belleza encante;
Que no el purpúreo celestial semblante
Ni el lindo seno en ella me enamora.
Y la amaré cuando la pompa verde
Marchite de su Abril el tiempo odioso;
Que amo en ella aquel bien que no se pierde.
Y la amaré cuando eclipsada estrella
Desfallezca mortal; que más hermoso
Será entonces el bien que adoro en ella.

XXXVI.

A Fermin Didot, literato, poeta y tipógrafo insigne.

Tú, que los signos del varón Dirécio,
Primero escritos en voluble arena,
Fijaste en sabia lámina, que enfrena
La voz fugaz del genio ó del deseo;
Tú, que la antigua gloria de Tirtéo
Celebraste en las márgenes del Sena;
Tú, en cuya docta frente se encadena
La guirnalda de Esquilo á la de Alceo;
Pues un ara sublime has levantado
A los nombres de Estéfano y Plantino (1),
Donde el tuyo, más grande, es deseado,
Acepta el dón sincero, aunque mezquino,
Que á la ciencia modesta consagrado,
De tu fama inmortal ya es adivino.

XXXVII.

A la muerte de doña María Candelaria Casajus.

Linda hermosura, que en su edad florida
Ennoblecí del Bétis la ribera,
Al soplo helado de la Parca fiera
Yace aquí en triste polvo convertida.
¿Por qué mi amarga y enojosa vida
Aun el golpe fatal gimiendo espera?
¿Por qué el árido espinoso persevera,
Si la rosa cayó, del cierzo herida?
Jóven á las mansiones del espanto
Desciendes: la vejez, triste al perderte,
Queda entregada al tedio y al quebranto.
Así se burla de la edad la suerte;
Y yo baño tu losa en tierno llanto,
Cuando debieras tú llorar mi muerte.

XXXVIII.

Al rey nuestro señor, en su regreso á Madrid en Agosto de 1823.

Mira á tu rey, ¡oh Mantua afortunada!
Que siglos mil y mil glorioso viva;
Mira en sus sienas la fulgente oliva,
Y á sus piés la discordia encadenada.
La paz sigue su triunfo, coronada
Con gratos dones de la industria activa,
Y en el excelso trono, compasiva,
Perdona errores la clemencia amada.
Sólo tu voz, Fernando, consiguiera
Volver su imperio á las violadas leyes
Y abatir del rencor los pabellones;
Y sólo en tu poder la patria espera;

(1) Estéfano: LISTA traduce así el apellido de Roberto Étienne, ilustre tipógrafo de París.—Plantino: Cristóbal Plantin, famoso tipógrafo francés, establecido en Amberes. Hizo, por mandato de Felipe II, una edición magnífica de la Biblia poliglota, de Alcalá. (Nota del Colector.)

Que el legítimo solio de los reyes
Es el puerto de náufragas naciones.

XXXIX.

EL SOL Y LA VIDA.

(Traducción del inglés, de White.)

¡Oh noche! cuando á Adán fué revelado
Quién eras, y aún no vista, oyó nombrarte,
¿No temió que enlutase tu estandarte
El bello alcázar de zafir dorado?
Mas ya el celaje etéreo, blanqueado
Del rayo occidental, Héspero parte;
Su hueste por los cielos se reparte,
Y el hombre nuevos mundos ve admirado.
¿Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,
Oh sol! ¿Quién acertára, cuando ostenta
La brizna más sutil tu luz mentida,
Esos orbes sin fin que nos velabas?...
¡Oh mortal! y ¿el sepulcro te amedrenta?
Si engañó el sol, ¿no engañará la vida?

XL.

A la academia del Mirto, que me había regalado una excelente oda en elogio mío.

Otro nombre buscad, de la armonía
Más digno y de inspirar vuestras canciones,
Si queréis que del Pindo en las mansiones,
Oh amable juventud, Febo os sonría.
Que si pudo enseñaros la voz mía
Cómo se alcanzan sus preciados dones,
¿Qué valen ¡ay! mis tímidas lecciones
Junto al fuego inmortal que Homeros cria?
Vuestra es la edad del genio y los placeres,
Vuestro el laud de Euterpe soberano,
Vuestro el vigor de juventud activa.
Coged lauros y el mirto de Citeres,
Y dejad que en la frente de un anciano
Se marchite con él su antigua oliva.

POESÍAS AMOROSAS.

I.

LA PRIMAVERA.

Huyó el sañudo invierno,
Y en la templada esfera
Sobre las alas del favonio tierno
Brilla la primavera.
Y su guirnalda hermosa
Risueña deshojando,
De blanco lirio y encendida rosa
Las vegas va sembrando.
No ya de nieve helada
Yace el prado cubierto,
Ni de amores la selva despojada,
Ni el monte triste y yerto.
Que es delicia del cielo,
Cuando nace, la aurora,
Y ámbares vierte, y el fecundo suelo
De blanda luz colora.
Ya pulsa el arpa de oro
La bella Citeres,
Y en tiernas danzas su festivo coro
Los oteros rodea.
De mirto, pues, y flores
La frente coronemos,
Oh Dalmiro, y al dios de los amores
Dulces himnos cantemos.
La juventud convida,
Y entre clavel y rosa